



## BENAVENTE SIRENA DE LA MODA

**D**ON Jacinto estrenó cuatro años antes del 98 y quiera o no hay que incluirlo en este grupo. Decir que Don Jacinto perteneció a la tan traída y llevada generación del 98 no es hacer un juicio de valor negativo o positivo, es tan sólo la expresión de una verdad cronológica e histórica. En la almoneda general de los vicios y virtudes de aquella España, Don Jacinto escogió el camino más fino, más aristócrata, más coquetón: la ironía; quizás sea el más difícil, desde luego también es indudablemente el menos cristiano. Benavente se quiso meter con todós, pero finamente, sin estridencias, sin escándalo; siempre que tiene que dar un grito un poco desabrido lo hace templar con una sonrisa amable o un elegante fruncimiento de hombros. En esto —y en todo— fué la antítesis del humanismo —demasiado humano— de Galdós. Se dice que cuando a Benavente se le dió el premio Nobel fué también propuesto Galdós y que la pacífica y norteña corporación acordó concederlo a Benavente para no lastimar los sentimientos católicos de España. Sin embargo en el duo Benavente-Galdós el cristiano fué este último, pese a *Electra* y aún por *Electra*. Galdós creía, creía mucho, quizás hasta demasiado; Benavente no, nunca creyó en nada, a no ser acaso en sí mismo y aún sobre esto hay dudas. Galdós no gustó nunca, no supo jamás escribir una obra pasable de teatro; Benavente gustó mucho y toda su obra y hasta su propia vida fué teatro, puro teatro. En cambio Don Benito estuvo poseído del furor, del delirio dramático; sus novelas son dramas y su teatro también y hasta su vida: el hondo y cristianísimo drama de su vida; se le escapaba la fuerza dramática por los poros y lo que le quedaba dentro le bastaba para inventar los terribles enredos del "cauchemar" de sus problemas religiosos.

Por esto el premio Nobel fué para Don Jacinto y no para Don Benito. Aunque esto no tiene ninguna importancia. Hasta ahora el premio Nobel ha sido una especie de lotería caprichosa que dice más de política que de otra cosa y poco puede decirse de un premio que se ha adjudicado a Echegaray y Benavente y no a Menéndez Pelayo, Unamuno y Ortega; a Romaine Rolland y no a Proust, Gide y Claudel; a Bernard Shaw y no a Chesterton, Joyce y Huxley. Y así siempre.

Pero Don Jacinto, eso sí, sabía siempre estar al día y sonreír dulcemente a la bella sirena de la moda. Por eso Benavente se atrevió a todo; y a principio de siglo estrena *El dragón de fuego*, o el terrible drama entre el oriente y el occidente, con dragones, fuego y todo, como en las películas americanas, llenas de trucos y efectimos, pero sin la eterna actualidad del *Asia* de Leormand, por ejemplo. Así también escribió aquella *Para el Cielo y los altares* una Santa Juana española para andar por casa.

No hubo riesgo que amedrantara a Benavente y no se detuvo ni ante Calderón ni ante Shakespeare. Frente al ya viejo y aburrido Segismundo, plantó Don Jacinto a su Crispín, seguismundeador maravilloso en la crispinesca sociedad de estos tiempos. Pero si aquí supo estar a la altura de Calderón, del tiempo, y del teatro, cuando escribe *La noche iluminada* nos recuerda *El sueño de una noche de Verano* de Sakespeare a través de un maravilloso jardín de cursilerías imperdonables.

En fin, Don Jacinto, viajero por la U.R.S.S. se atrevió hasta con aquella "Santa Rusia", donde la cal y la arena se mezclan en partes muy semejantes.

Pero esto, en fin, no dice nada malo de Benavente, del teatro de Benavente, sino al contrario mucho y bueno de su aristocrática sagacidad y de su punzante ironía, aunque luego en el drama, en la vida maravillosa del drama, sus personajes a falta de buenas razones de pasión, de amor y odio, se reduzcan a unos esqueletos animados, muy finos, —tan finos que se quiebran— que se insultan o se aman, se pegan o se besan, con una ingeniosa ironía, hábilmente preparada y finamente desarrollada. Un crítico agrio y mordaz, autor de novelas no menos agrias, que ponía *hiel* hasta en las felices lunas de miel de los enamorados, decía del teatro de Don Jacinto que sólo le faltaba la música de vals para ser completo. Seguramente aquel crítico decía esto con una segunda intención no muy benévola, pero no por ello la frase es menos exacta. Para nosotros no encierra toda la mala intención que Pérez de Ayala ponía en ella, si no al contrario, un elogio perfecto y acabado del teatro de Don Jacinto; casi creo que no fué un azar el que *Los Intereses Creados* se estrenasen con muñecos, porque Benavente es el puente, —el ágil y gentil puente— hasta el ballet y el ballet es música, música de notas y de movimiento sobre todo. Y nada mejor que el ballet encierra la quintaesencia bailarina e inestable de nuestros tiempos. Por la variedad paradisiaca del teatro de Benavente corre un aura irresistible de tonalidad melódica; como en un vals de la Europa cursi, pero feliz, de los años que preceden a la guerra del 14. Por la escena de Don Jacinto se arrastra el encanto de las arañas aristocráticas y el acariciante vals de una estructura social hoy desaparecida. A Benavente también, a la postre, le ha tocado asistir a la agonía de esta sociedad estilizada. Así en "*La noche del sábado*", en que la vida y los personajes se persiguen en un elegante "tour de force" entre un mundo apacible y una tragedia inevitable.

Todo el encanto de un mundo que parece se encierra, infantil y decadente, en la obra de Don Jacinto; surge de su pluma un teatro infantil mejor intencionado que conseguido; surge también un teatro de sátira mundana, fino, sin estridencias, en que la crítica de la mogigatería pseudo-religiosa y falsamente moralizante, se esconde en un tono menor bondadoso y amable. Nunca se deja arrastrar Benavente por la pasión y se queda —como en el *Indiferente* de Watteau—, en un difícil equilibrio forzado. Así en "*La Malquerida*" no se atreve a dramatizar claramente el incesto; aunque el menos suspicaz sabe que donde él escribe padrasto, el susconciente pide que sea padre; y así también en "*Señora Ama*" donde, para tranquilidad de la digestión del público burgués y dispéptico, todo se arregla con rondallas, zarzuelas y optimismo barato. Y así, finalmente, en sus últimas *amargas* obras que quieren ver el mundo interior a través de menguadas y pobres cerraduras.

Benavente fué el último grito delicado y sensible de un tiempo: hoy todo esto se ha quebrado. Mientras tanto él se ha quedado en el aire en ese salto prodigioso del bailarín de ballet. Por eso, esto no es alabanza ni censura; es lo que desde hoy podemos ver de un ayer suave, desvanecido, casi rosa, y que casi casi nos gusta recordar. Pero al otro lado del salto hay un futuro inmensamente solo y desgarrado en su gigante llanura de posibilidades que realizar; sobre esta llanura hay que levantar, alta, muy alta, una arquitectura gigante en que el hombre sea más feliz y esté más cercano a Dios que lo está hoy; una arquitectura en que tiene que haber lo contrario de Benavente: poco teatro pero mucho drama.

MIGUEL CRUZ HERNÁNDEZ.